

SCHNEIDER, Alejandro, **Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973**, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007, [430 páginas].

Por Débora Cerio (CLIHOS-UNR-CONICET)

Con *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973* se nos presenta una obra de investigación histórica que si en varios sentidos continúa el derrotero iniciado por estudios que, nutriéndose de aportes teóricos desarrollados en ámbitos universitarios de Gran Bretaña y Estados Unidos durante las décadas de 1970 y 1980, renovaron la producción sobre la clase obrera argentina -paradigma de los cuales es el de Daniel James¹- en otros tantos alumbró para ellos un devenir original, al situarse en explícita discusión con importantes aspectos de esas perspectivas de abordaje. Alejandro Schneider recorre en este libro las prácticas gremiales de la clase trabajadora en el área metropolitana de Buenos Aires, en particular su conurbano, entre 1955 y 1973, rastreando los elementos de la cultura obrera que dejaron una impronta en el proceso de su conformación como sujeto organizado, con intereses comunes e identificado como tal, que es precisamente el que según el autor tuvo lugar en el lapso estudiado. Una de sus hipótesis más fuertes es que a lo largo de esas décadas los trabajadores condicionaron con su presencia y su proceder el desenvolvimiento de los demás actores sociales, incluido el estado y sus agentes y ella se expresa en una periodización determinada en función de los momentos clave de dicho proceso de identificación colectiva.

Dos son los ejes en torno a los cuales se estructura el debate que Schneider entabla con la historiografía precedente. En primer término, sigue a James en su propuesta de apartarse de la que constituye una de las principales características de buena parte de la bibliografía sobre el tema: la consideración de las instituciones sindicales y sus dirigentes como punto nodal, aspecto sobre el cual -como él mismo reconoce al presentar el estado de los conocimientos sobre la cuestión- aquél ya había desarrollado una importante contribución, al iniciar una reconstrucción de las prácticas, las percepciones y los discursos de los trabajadores que indagaba sobre asuntos relativos a su cotidianeidad, utilizando para ello un instrumental teórico tributario a las versiones más radicales de lo que desde hace varias décadas

¹ Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Editorial Sudamericana, 1990.

viene denominándose “historia desde abajo”. Precisamente en esta filiación común, que encarna en un fuerte énfasis sobre los seres humanos y sus preocupaciones en el mundo fabril, esto es en las prácticas y experiencias de los trabajadores reales, se encuentra una de las características más interesantes del estudio de Schneider.

Su planteo teórico-metodológico supone la realización de una observación histórica concreta que conlleva la exploración de la situación, las experiencias y las luchas de un sector específico de la clase obrera industrial, con lo cual el autor busca distanciarse de las perspectivas macroexplicativas que han dado cuenta del accionar sindical con un escaso apoyo empírico, es decir, a partir de elementos, procedimientos y percepciones elaborados sobre la generalización de datos válidos exclusivamente para algunas realidades. Con este posicionamiento examina un heterogéneo corpus documental que incluye desde periódicos de circulación nacional, documentos redactados por dependencias gubernamentales, convenios colectivos de trabajo, volantes, boletines gremiales, documentos de la CGT y periódicos partidarios, hasta testimonios orales, recuperando para el análisis de los mismos la producción teórica de las vertientes que desde la segunda postguerra han renovado al materialismo histórico. En este sentido es incorporada la perspectiva regional, quedando delimitado el espacio a estudiar a partir del desarrollo económico-productivo pero también de las pautas socioculturales y urbanísticas por él generadas. Por su parte, la unidad temporal del período en cuestión está dada por la constatación de un inusual protagonismo del movimiento obrero en la sociedad, expresado en su cada vez mayor presencia en diversos ámbitos de discusión y decisión, lo que para el autor remite a la existencia de una clase obrera madura que con sus acciones contribuyó a crear una situación de constante ingobernabilidad política.

Schneider analiza entonces las condiciones materiales en el marco de las cuales la clase trabajadora desarrolló sus prácticas gremiales y culturales, describiendo las características y la evolución histórica de ciertos indicadores económicos y sociales del área metropolitana de Buenos Aires, relacionados con el que parece adquirir un rango privilegiado: el emplazamiento manufacturero y las consecuencias de su desarrollo sobre la trama urbana y su composición social. De este modo son consideradas, por un lado, la evolución de la población y de su distribución territorial y, por otro, la localización espacial de las familias obreras en la forma de barrios y “villas miseria”. La constatación de un fenómeno de inclusión y exclusión (un “nosotros” frente a un “ellos”), manifiesta expresión de la existencia de clases sociales antagónicas, ha llevado al autor a indagar la relación entre unidades de producción y residencia de los trabajadores, concluyendo que la

cercanía de estos ámbitos contribuyó a conformar una específica identidad y a crear un tipo de comportamiento y de representación propios de cada clase social, que alcanzaban su punto más alto cuando los obreros realizaban medidas de fuerza, momento en que se estrechaba notoriamente la relación comunidad-fábrica.

Así contextualizadas las prácticas de la clase obrera, Schneider se aboca a su análisis, estudiando el comportamiento laboral en el espacio de las unidades de producción, particularmente las acciones que aquella implementó como respuesta a las transformaciones que las políticas gubernamentales y/o empresariales pretendieron imponer en diferentes coyunturas, desde la Revolución Libertadora hasta las postrimerías de la Revolución Argentina. El accionar del proletariado industrial no es aquí entendido como función de determinantes económicos y/o de factores políticos sino como un producto de la cultura obrera de esas décadas, dónde las prácticas gremiales aparecen como un elemento constituyente y esencial de la experiencia adquirida por esta clase. Por ende, la prioridad analítica otorgada a los reclamos laborales (cuyo estudio ocupa casi tres cuartas partes del libro) se relaciona con un abordaje global del mundo del trabajo, concepto que tras las huellas de lo producido por Eric Hobsbawm interpela el origen, la conformación y las modificaciones de las prácticas sociales y culturales de los trabajadores. Schneider pone especial atención en los gremios metalúrgicos, textiles, ferroviarios, portuarios, mecánicos y navales, según asegura, por su representatividad del accionar y el comportamiento del conjunto, porque reflejaron el cambiante panorama de la actividad industrial y porque en ellos se sintieron especialmente las heterogéneas políticas económicas implementadas en el período.

Si bien el autor no soslaya la referencia a las particularidades de la dirigencia sindical en esta etapa, pone el énfasis en la movilización de los trabajadores. Sostiene entonces que es necesario revisar ciertas afirmaciones sobre aquella a partir de una comprensión más profunda del mundo del trabajo y de la consideración de que el protagonismo de los representantes laborales no puede entenderse si no se lo piensa como fruto de la capacidad de movilización de la clase obrera. Aquí es dónde aparece el segundo eje de debate sobre el que se estructura la obra: la discusión de algunas de las hipótesis que Daniel James defendiera en su ya clásico trabajo.

Para comenzar, Schneider afirma que el concepto de “resistencia peronista” oculta el hecho de que muchos trabajadores se enfrentaron al gobierno militar por fuera de los núcleos organizativos hegemonizados por el justicialismo. Al mismo tiempo, matiza la idea de que en este lapso surgió una nueva

jefatura gremial, ya que para él convergieron tanto figuras inexpertas como personas que habían desplegado una práctica sindical importante durante los gobiernos peronistas y que en la nueva etapa procederían en una dirección diferente, resultante de la síntesis entre las lecciones incorporadas en el transcurso de las protestas contra el gobierno provisional y los beneficios obtenidos durante la gestión desarrollista. Por otra parte, sostiene que la inflexión abierta tras las huelgas de 1959 lejos estuvo de haber dado lugar a un contexto de derrota y desmovilización, realidad que se demuestra en la dificultad que para las clases dominantes representó la aplicación de nuevas condiciones laborales: los sucesivos mandatarios debieron enfrentar a una clase obrera con altos niveles de organización y en ese marco fueron las bases quienes desempeñaron el papel central. En tal sentido, Schneider ubica a este período como el punto de arranque de tendencias sindicales opuestas en sus propósitos y sus modos de operación: el vandorismo y el clasismo.

Estas críticas se enmarcan en una polémica más general con el estudio del historiador británico, a cuya conceptualización de la burocracia como aspecto inescindible del desarrollo ideológico de la clase obrera, Schneider opone la de un progresivo distanciamiento entre dirigentes sindicales y trabajadores, signado por una diferencia de intereses anclada en las bases materiales de unos y otras. Y, como una deriva de la existencia de incontables protestas nacidas al margen de su consentimiento, de la irrupción de tendencias y corrientes internas que cuestionaron su liderazgo y de las maniobras realizadas para conservar su poder, interpreta que los jefes gremiales no tuvieron en ningún momento del período un control monolítico sobre el conjunto de los trabajadores y que, por el contrario, muchas veces tuvieron que intervenir presionados por sus acciones. Idea ésta que aunque resulta profundamente sugestiva en cuanto a la ponderación de la acción obrera, conlleva el riesgo de presentar la imagen de una tajante división entre cúpula y bases que no da cuenta de sus necesarios vínculos. El fenómeno de los sindicatos clasistas que tuvieron su apogeo entre 1969 y 1973, aparece entonces para Schneider como el punto de llegada de un conjunto de cuestionamientos de las bases hacia la cúpula que demuestran la autonomía de ésta respecto de aquellas, constituyéndose como un modelo alternativo de conducta y acción gremial que aunque no abarcó al conjunto del movimiento obrero, lentamente fue extendiendo su propuesta dentro de vastos sectores de la sociedad. Así, contra todos los planteos historiográficos que se hicieron eco de la hipótesis de Juan Carlos Torre², el autor sostiene que el área metropolitana bonaerense fue en la etapa que comenzó en

² Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, CEAL, Buenos Aires, 1983.

1969, al igual que el interior del país, terreno de enfrentamientos de clase virulentos. No obstante todo ello, reconoce que la conformación de este activismo no se trasladó mecánicamente hacia el desarrollo de una ideología política de corte radical; bien al contrario, gran parte de los obreros industriales continuaron mostrando una profunda identificación con la figura de Perón.

De este modo, la investigación se define como una exploración en torno al problema de la constitución de una identidad y una conciencia obreras, que Schneider busca explicar en términos de las experiencias y prácticas sociales de esta clase, de su vinculación con las otras clases y de la forma en que se nutrieron de pautas culturales a partir de las percepciones que poseían de sí y de los demás actores. Concluye el autor que la actividad gremial no sólo actuaba como una herramienta para la defensa de derechos y conquistas sino que permitía conformar una solidaridad y una conciencia a partir de intereses comunes (tales como la necesidad de organización, la solidaridad, el orgullo por el oficio, la igualdad en las remuneraciones, la dignidad en las condiciones de trabajo y el reconocimiento de su constitución como una clase distinta a la de los empleadores), elementos que tendían a homogeneizar una identidad compartida. Es que, según nos asegura, los obreros no enfrentaron la lucha por su “sentimiento peronista” sino principalmente por reivindicaciones concretas frente a cuestiones suscitadas en el ámbito fabril o por decisiones empresariales. En ese marco se enfrentaron al capital, actuando las protestas resultantes como una impugnación de medidas a las que en muchos casos lograron desestabilizar, comenzando a gestarse de ese modo indicios de una conciencia obrera y -por momentos- anticapitalista.

Uno de los innegables aciertos de *Los compañeros* lo constituye la accesibilidad de los argumentos presentados incluso para un público no especializado, en virtud de la combinación de técnicas analíticas y narrativas. Pero es quizás su aporte más sugerente la polémica interpretación de las vicisitudes de la protesta obrera que deviene del relevamiento de un amplio conjunto de fuentes primarias -muchas de ellas no exploradas previamente-, cuestión que ubica al trabajo de Alejandro Schneider como una lectura imprescindible para todas y todos aquellos interesados en el debate sobre esta etapa de la historia argentina en la cual la acción sindical y los problemas a ella vinculados aparecen como elementos insoslayables para el análisis.